

llas fieras domesticadas quedaban por allí gozando en su libertad con carreras y saltos de un lado á otro, la tzigana, lentamente, con la frialdad que su padre el principe Tchéréteff mostrara al mandar hacer fuego sobre un espía ó un traidor, tomó el camino de la casa, en la que ya todo parecía dormir, diciéndose con siniestra ironía en una especie de afirmacion impersonal y como si no se tratara de ella:

—¡Ahora creo que la prometida del principe Zilah se puede considerar bien guardada!

## XIV.

Miguel Menko vivia en Paris, solo, en el hotelito que tenia alquilado en la calle de Aumale.

Con anticipacion ordenó á su cochero que tuviera dispuesta la berlina para la noche diciéndole:

—Engancha á *Trilby*. Trota mejor que *Jack* y vamos lejos. ¡Ah! ¡no olvideis llevaros el abrigo, Pedro! ¡Y hasta esta noche, no estoy para nadie en casa!

El día aquel se le hizo eterno, en medio de la excitacion nerviosa en que le tenia el esperar la hora señalada, y al mismo tiempo la tarea á que se habia entregado de abrir y cerrar cajones buscando y rebuscando en ellos antiguas cartas, que leía y volvía á leer, como si quisiera que ahondaran más profundamente las torturas de su alma. Eran las cartas de que el día anterior habló á Marsa y que, despues de haberle trastornado como un filtro, ahora le hacian el efecto de un veneno, del cual queria saturarse ávido de nuevos sufrimientos.

Aquellas cartas de amor, de juramentos cambiados, que más tarde se llevó el viento de la tempestad, estaban fechadas en Pau, y á medida que Miguel las iba leyendo las echaba al fue-

go, después que le habían hecho vivir algunas horas, quizás las únicas que en su existencia pudo decir que había vivido. En estos billetes parecía que se conservaba puro el suave perfume de los cabellos de Marsa.

Al recordar á aquella adorable querida, que á su imaginación acudía con todas las invencibles seducciones, los celos y la rabia se apoderaban del corazón de Miguel, hasta el punto que parecía iba á saltarle del pecho, y encerrando nuevamente las cartas, sin darse cuenta, volvía á abrir un libro precisamente—siempre se dan estas irónicas casualidades—por la página en que había algún relato que avivaba su dolor.

—*Mi ser está unido á ti como el árbol á la hoja!*—leía Miguel en un poeta de su país, repitiéndolo mientras impaciente y nervioso esperaba que llegara la noche.

No pudo dominar un brusco movimiento de corage cuando su ayuda de cámara apareció presentándole una bandeja con una tarjeta, y encogiéndose de hombros le dijo en tono airado:

—¿Por lo visto, Pedro no os ha comunicado el orden de no recibir á nadie?

—Yo ruego al señor conde que me perdone, pero Mr. Labanoff ha insistido tanto...

—¿Ah! ¿Es Labanoff?—replicó Meuko.

—Mr. Labanoff, que se marcha esta noche, y quisiera saludar al señor conde.

El nombre de Labanoff le hizo recordar á Meuko un compañero de su juventud que era muy simpático y á quien apreciaba mucho y

veía con gusto las diferentes veces que con él se había encontrado en varios puntos. Le agradaba por la especie de pesimismo raro, de filosofía agresiva, que Labanoff no se cuidaba de ocultar en medio de cierto misticismo mezclado de amargura.

Entre los amigos de su edad, Miguel no encontraba ninguno que tuviese las raras ideas de aquel ruso, cuya sonrisa enigmática le inquietaba.

El conde miró el reloj. La visita de Labanoff haría quizá que pasara para él más de prisa el tiempo hasta la hora de comer.

—Haced que entre Mr. Labanoff.

Este era un joven de veinticinco años, delgado, rostro de color de cera, ojos vivos y negro vigote retorcido. El pelo de su cabeza era encrespado, negro y cortado por igual. Con su largo levitón hasta las rodillas, tenía el aspecto de un soldado vestido de capote.

Hacia dos meses que aquellos dos hombres no se habían visto. Hacia mucho tiempo que estaban unidos por estrecha simpatía, nacida de sus confidencias, de sus expansiones. Varias veces se habían comunicado sus desconsoladoras teorías sobre el mundo, sobre sus leyes y sus hombres.

Su comun amargura les aproximaba. Labanoff, dejándolo solo escapar palabras significativas y casi trágicas, le pareció á Meuko más enigmático que nunca.

Miguel hizo que su amigo se sentara á su lado en un diván, y al observar sus ojos azules le

parecieron más brillantes que de costumbre.

He sabido que habiais regresado de Londres, y, como dejo á Paris, queria antes estrecharos la mano. Es posible que ya no nos veamos.

—¿Por qué?

—Me voy á San Petersburgo... negocios urgentes...

—¿Terminásteis vuestros estudios en Paris?...

—¡Oh! Ya era doctor en medicina cuando vine. Solo residia en Paris para estar en condiciones de estudiar... un proyecto que me interesa...

—¿Un proyecto?

Meuko preguntaba maquinalmente, pues, á decir verdad, no tenia gran curiosidad por saber el secreto de Labanoff, pero el ruso, que por lo visto no estaba menos preocupado, respondió con una sonrisa singular fria é irónica:

—¡Sobre este asunto no diré una palabra ni al hombre que más estime!

Sus ardientes ojos parecian vislumbrar ante sí extrañas visiones. Quedó un momento silencioso, y levantándose de repente, dijo:

—Esto es todo lo que deseaba participaros, mi querido Meuko. ¡Ahora, hasta la vista!...

O más bien, adios, porque os repito, probablemente no volveré á veros nunca.

—¿Y por qué?

—¡Es una idea como otra cualquieral! Además, mi querida Rusia es un país tan extraño! Allí se muere pronto.

Aquella sonrisa inexplicable, burlona y triste á la vez, no se borraba de sus labios.

Meuko cogió la mano que su amigo le tendia.

—Mi querido Labanoff, fácilmente se advina que vais á algun asunto peligroso...

Y haciendo por reir;

—No quiero haceros la injuria de suponeros nihilista.

Los azules ojos de Labanoff se animaron extraordinariamente.

—No—contestó,—no, yo no soy nihilista. ¡La nada es un absurdo; pero la libertad es una cosa hermosa!

En seguida, deteniéndose como si hubiera ido más lejos de lo que queria, dijo:

—¡Adios, mi querido Meuko!

El húngaro le detuvo, diciéndole á su vez con voz agitada:

—¡Pues bien, Labanoff! Me habeis sorprendido precisamente en una de las horas decisivas de mi vida... Aquí donde me veis, estoy en vias de llevar á cabo un gran desatino... como vos... Distinto del vuestro, sin duda... Verdad es que no tengo derecho para calificar de tal lo que vos pensais hacer...

—¡No—contestó friamente el ruso, siempre sonriente y muy pálido,—no, no es una locura!

—Pero ¿es un peligro?—preguntó Miguel.

Labanoff no respondió.

—Yo no sé siquiera—añadió Meuko—cómo terminará la aventura en que me he metido... Pero ya que la casualidad nos pone hoy frente á frente...

—No ha sido la casualidad, sino mi firme resolución de veros ántes de partir.

—Ya sé que me apreciáis... Y por esto os pido

que me digais francamente dónde os podré encontrar dentro de un mes...

—¿Dentro de un mes?—dijo Labanoff.

—Indicadme el itinerario que pensais seguir. ¿Tratais de fijaros en San Petersburgo?

—No por el pronto—respondió lentamente el ruso, con la mirada fija en la de Meuko.—De aquí á un mes pienso todavía estar en Varsovia... En San Petersburgo un mes despues...

—Está bien; os ruego simplemente que de cualquier manera me participéis donde es vuestra residencia.

—¿Para qué?

—Para tener el gusto de reunirme con vos.

—¿Vos?

—¡Es un capricho!—añadió Miguel intentando reírse.—Ya sabéis que la vida me aburre. La encuentro absurda. No sé, ni pretendo saber, qué es lo que vais á hacer en Rusia, ni qué significa ese adiós para siempre de que ha poco me habeis hablado... Creo sencillamente que se trata de correr alguna aventura y será posible que os pida participacion en ella...

—¿Por qué?—dijo Labanoff con indiferencia.—Vos no sois ruso.

Meuko sonrió, y apoyando sus manos en los hombros del jóven, murmuró en voz baja:

—¡Esa frase dá mucha luz en el asunto! ¡Si se os escapa delante de un polcial!

—¡Oh!—respondió Labanoff con voz enérgica.—Delante de ciertas gentes solo digo lo que me acomoda; pero ahora estoy hablando al conde Meuko.

—Y el conde Menko se considerará muy satisfecho, mi querido Labanoff, si teneis á bien decirle adonde, si á Polonia ó Rusia, debe acudir en persona para recoger pronto noticias vuestras. No temais que allí ni aquí os importune con preguntas. Mi amistad es bastante sincera para que me preocupe y desee saber lo que os sucede. Añadid á esto que me acosa la pasion de los viajes, y que París, Lóndres, el mundo entero, me aburre, me aburre, me aburre...

—En verdad que el mundo es necio, egoista y cobarde,—añadió Labanoff con voz que se habia hecho vibrante.

De nuevo tendió á Meuko su mano nerviosa, en la que se notaba un extraño calor, debido á la fiebre que en sus ojos se revelaba.

—¡Adios!—dijo.

—¡No... no... hasta la vista!

—¡Pues bien, hasta la vista!—contestó Labanoff.—Ya os participaré lo que ocurra.

—¿Y dónde os hallaré!

—¿Lo sé acaso?

—¡No os extrañe que el dia menos pensado me una con vos!

—Yo no me extraño de nada —replicó el ruso,—de nada...

En aquella palabra *nada* habia una expresion de profundo despogo á la vida y el mayor desprecio á la muerte.

Meuko rodeó con sus brazos el flaco cuerpo de aquel jóven, y despues de despedirse de aquel fanático que iba á alguna trágica empresa, se

encontró más triste, más afligido y más inquieto en su soledad.

Pasada esta impresion, volvió á mortificarle el deseo y la ansiedad de que terminara el día, uno de los más largos de su vida.

El día había sido caluroso, amenazando tempestad. Por la noche, despues de comer, Meuko subió al carruaje que ya le estaba esperando en la puerta de la calle de Aumale, y en el que, siguiendo sus instrucciones, el cochero llevaba las mantas y el abrigo encargado. Puesto en marcha, al trote de *Tribby*, atravesó la calle de Pigalle, la de Duai, hasta la plaza Clichy, y por Asnieres tomó el camino de Maissons-Laffitte, dejando á la izquierda el monte Valerien, y á ambos lados hileras de árboles, villas, pueblecillos, que los reflejos de la luz de los faroles del coche permitia distinguir.

Entretanto Miguel Meuko no apartaba un segundo de la imaginacion la aventura á que iba locamente. Sí, locamente, como hacia poco le había dicho á Labanoff. No obstante, ¿quién sabe?... ¿No había dicho á Marsa *hasta mañana*? Quizá ella había reflexionado. Tal vez le habrían intimidado sus amenazas y le esperaría, como en Pau, en aquellas horas que él queria reanudar, reviviendo con la dulce sonrisa de aquella niña inocente que respondia á sus protestas amorosas, á sus admiraciones, abriendo desmesuradamente los ojos y diciendo: «¿Es verdad? ¿Me encontráis tan bonita como me decís? ¿Me quereis?...»

Todavía le parecia tener á su lado, y creía es-

tar viendo, el descolorido rostro de la tzigana, poniéndose más pálido embriagada por sus caricias. Estos recuerdos le causaban una sensacion tan especial, que llegaba á temblar y casi á sentir erizado el cabello. Hubiera deseado que fuese ya la media noche y que su mano empujara la puerta tras la cual, con el pensamiento, veia de pié á Marsa.

Aquel gran parque de Maissons-Laffitte, en el que tan fácil es permanecer oculto, le era muy conocido. Una de las fachadas de la casa del príncipe Tchereteff daba á los terrenos señalados para campo de carreras; por la otra parte se extendia con las cuadras y cocheras hácia el bosque, llegando los jardines hasta la avenida de Laffitte. Frente al palacio, las cercas y los vallados no impedían que á través de los castaños, de las encinas y los álamos, se divisaran desde los balcones las laderas de Corneilles.

Al salir del puente de Sartrouville, Miguel hizo que el coche siguiera bordeando el camino que separa del Sena una pradera, con lo cual al mismo tiempo daba la vuelta al antiguo parque del castillo. Cerca de una espesura, en el ángulo de la avenida Corneilles, se detuvo, y bajando del carruaje dijo al cochero:

—Quédate aquí, Pedro, y no te muevas hasta que yo venga.

Dicho esto, se alejó.

Luego tomó el camino que partiendo de la estacion va en línea recta hasta las paredes del bosque, dividiendo el parque en dos mitades, y atravesando aquellos campos que le recordaban

los momentos de exaltada pasion en que Marsa, ignorante de todo, le esperaba muda de emocion por la inefable dicha de verse así amada, y fué á parar á un estrecho sendero, medio oculto por la hiedra, al extremo del cual se distingue la puertecilla abierta en la tapia y que da entrada al jardin.

Aquella puerta, pintada de verde y con la cerradura enmohecida, que Miguel Meuko tenia tan exactamente retratada en su pensamiento, necesitó buscarla ahora á tientas en la húmeda oscuridad de la noche.

De pronto, en el momento de introducir en la cerradura la llave, aquella llave que ardia entre sus dedos abrasados por la fiebre, Meuko se detuvo.

¿Le esperaria Marsa? ¿No se le ocurriria llamar, y tratarle como un ladron nocturno? ¿Y si habian cambiado la cerradura?

Entonces miró la pared.

Llevando una piedra hasta el pie de la pared, podria servirle de escalon para llegar á lo alto del muro y agarrarse á él, exponiéndose á cortarse los dedos con los pedacitos de cristal clavados en las aristas de remate. No, cien veces no; no habia llegado hasta allí para luego retroceder.

Y además, Marsa estaria en el sitio de la cita, agitada, tímida, maldiciéndole tal vez, pero aguardándole, intentando rechazarle como habia pretendido hacerlo, guiada por un instinto de virgen ultrajada, cuando á pesar de sus súplicas, de sus lágrimas y de sus protestas se le

entregó la primera vez, resistiéndose y adorándole á un tiempo.

—¡Ah! ¡enhorabuena que ella se entregue á Zilah; pero que antes sea hoy mia!—dijo con voz casi perceptible, en medio del gran silencio de la noche.—No retrocederia aunque estuviese la muerte detrás de aquella puerta.

## XV.

Miguel Meuko no se había equivocado. Marsa Laazlo estaba esperándole.

Como una vision espectral, envuelta en su blanco vestido, permanecía inmóvil en su ventana, tiesa, erguida, con el corazón oprimido de temor, mirando con angustia hacia el sitio del jardín adonde venían a parar los senderos, y acechando intranquila el ruido más insignificante de aquel lado.

Desde fuera no se la podía ver, pues su silueta desaparecía en el fondo oscuro de la habitación. Su cara convulsa, su entrecejo fruncido y el temblor que agitaba sus labios quedaba oculto por la oscuridad.

Lo mismo que su pensamiento, su mirada flotaba vagamente, yendo desde los planos irregulares que formaban las copas de los árboles a las porciones de cielo, pálidas en los puntos que iluminaba la luna y tachonadas de estrellas en otros, ó a la luz que lanzando sus reflejos sobre la blanca escalera, desparramaba en ella como una constelación de discos lunares, pero sin que la joven dejase de estar envuelta en la sombra.

El ladrido lejano de un perro, que llegó de pronto a su atento oído, le hizo estremecer.

Aquel ladrido le causó un súbito calofrío.

El perro había oído a alguien. ¿Sería Meuko?

No; el aullido, más bien que ladrido, venía, gracias al silencio de la noche, desde muy lejos, de Sartrouville, al otro lado del Sena.

—¡No es *Duna* ni *Bundas* el que ha ladrado! ¡Ni tampoco *Ortog!*—dijo Marsa.

Pero solo el estar allí en aquella ventana era ya una locura.

Hablando consigo misma, se decía:

—¡No vendrá ese Meuko! ¡Dios hará que no venga!

Y suspiraba, satisfecha, como si se descargara de un peso terrible.

De repente hizo un rápido movimiento, echándose violentamente atrás, como si ante ella hubiese aparecido alguna horrorosa vision.

Roncos ladridos, completamente distintos de aquel lejano que hacia poco se había oído, lanzados con rabiosa violencia allá abajo, en el jardín, atravesaban los aires cual lúgubres sonidos. Aquella vez, no había duda, eran los peñones daneses y el gran coloso del Himalaya que, en la sombra, habrían hecho presa sobre alguno.

—¡Gran Dios! ¡ahí está!... ¿Será posible que sea él?

Entonces Marsa se estremeció.

En los ladridos de aquellos perros había algo de espantosamente trágico. La insistencia de sus salvajes aullidos, de sus gruñidos roncos y tremendos, acompañados al parecer de feroces crujidos de dientes, hacia pensar a Marsa en

una siniestra carnicería, en la lucha de un hombre con aquellas fieras en medio de la noche.

Todo su terror pareció entonces escaparse por su garganta en un grito de piedad; pero rehaciéndose con su impasibilidad moscovita,

—Y bien, ¿qué?... ¡El lo ha querido!—murmuró.

¿Acaso no sabía lo que se hacía, cuando momentos antes había bajado á la perrera y, con sangre fría, queriendo poner una salvaguardia entre el peligro y ella, había desatado aquellos feroces animales que, reconociendo su voz, antes de saltar la lamieron las manos con alegres demostraciones?

¡Luego había subido á su cuarto, y quitando la luz de la lámpara, en la oscuridad, con la ventana abierta y aspirando el fresco de la noche, que venia á ser el remedio para su fiebre, Marsa había estado esperando, confiada en que Miguel Meuko no iria, y que si iba, el destino queria que se encontrase con aquellos agradecidos perros que la guardaban!

¿Por qué había de compadecerle?

Odiaba á Miguel con todo su corazón. ¿No la habla amenazado él? Pues bien, ella se defendia. Esto era muy sencillo. Los dientes de *Ortog* se habian hecho para los pillos y los ladrones nocturnos.

Nada de piedad, nada, nada, ni un átomo, para semejante cobarde, si se atrevía...

Pero ahora, al oír los feroces ladridos de aquellos perros, que á juzgar por el ruido, parecia como si estuvieran devorando su presa con en-

carnizado furor, ruido que sonaba en los oídos de Marsa cual si trituraran los huesos y desgarrasen las carnes en sangrienta lucha con Miguel; ante aquella escena invisible, pero que su imaginación le presentaba horrenda, la joven se estremecía, temblaba, tenía miedo y sentia asomar á sus labios el grito desesperado de ¡socorro! que no podia salir, que se detenia en su garganta y le ahogaba.

Una especie de delirio se apoderó de ella. Quería gritar pidiendo compasión para él, como si los feroces animales pudieran escucharla.

Con los brazos abiertos y tentando á oscuras la pared, buscaba la puerta de su cuarto para precipitarse por la escalera y correr al jardín; pero le faltaban las fuerzas y sus piernas estaban como paralizadas por el terror á la vez que de su hermosa frente brotaba un sudor frío.

—¡Dios mío! ¡Gran Dios! ¡Ah, miserable!... ¡Están devorando á un hombre! Soco...

En aquel momento se detuvo como anonada.

No oía ya ningún ruido. Ninguno.

De pronto todo quedó en el profundo y misterioso silencio de la noche.

Marsa llegó á creer que veía un paño negro tendido sobre un cadáver. Y en aquella sombra, en aquella negra sombra á que dirigía sus miradas, le parecia distinguir grandes manchas de sangre en el jardín y en el cielo.

—¡Ah, desgraciado!—balbuceó.

Pero en aquel mismo instante volvieron á oírse los ladridos de los perros, rabiosos y terriblemente amenazadores siempre.

Ahora no parecían ya gritos de lucha, sino aullidos, aullidos que cada vez se oían más lejanos.

¿Qué ocurría?

Alguien hubiera dicho que aquellos animales arrastraban su presa destrozándola, dejando entre las cercas del parque los informes y sangrientos pedazos.

## XVI

¿Había muerto Miguel Meuko?

Pocos momentos antes el joven conde abrió ligero la puertecita del jardín, haciendo girar la cerradura con la llave que tenía en su poder, y entrando con atrevimiento, llegó hasta la plazuela en que se levanta el pabellón. Inútilmente buscaba en las ventanas y en la puerta de aquel edificio señales de luz interior; nada, todo en él parecía dormido. No obstante, quizá estuviese Marsa allí en la sombra.

Además, su pensamiento era deslizarse hasta debajo de la ventana del cuarto de la joven; desde allí llamaría, y ella, al oír aquel ruido, asustada ante tal audacia, bajaría.

Ya había dado algunos pasos hacia el pabellón, cuando de pronto, en un claro del jardín, que por tener el suelo de arena aparecía más blanco á la débil luz de la noche, Miguel vió arrastrarse dos bultos extraños que un rayo de luna le permitió luego distinguir por completo; eran los perros, aquellos enormes perros, tendidos sobre la arena, con las orejas en acecho, y que, de un salto, ladrando y gruñendo, se lanzaron sobre él apoyándose en sus patas traseras con la fuerza de verdaderos tigres.

Una idea penetrante, una especie de luz, atravesó eléctricamente el cerebro de Miguel.

—¡Ah! ¡ah!—se dijo.—¡Esta es la respuesta de Marsa!

Tuvo tiempo para reflexionar, y con cierta ironía, dijo rabiosamente:

—¡Bien decía yo que me esperaba!

Rápidamente y ante aquella acometida, retrocedió, y llevándose los puños al pecho, presentó valientemente los codos para parar de este modo el ataque. En seguida, estendiendo los brazos con toda la fuerza de sus músculos, descargó tales puñetazos á los perros, que éstos rodaron por tierra, retorciéndose, para luego levantarse más furiosos ladrando ferozmente.

Miguel Meuko ¿no llevaba consigo arma alguna.

Con un cuchillo hubiera podido defenderse, abriendo el vientre á aquellos animales salvajes. ¡Pero no lo tenía! ¿Se vería precisado á huir como pieza de caza acosada?

¿Y si al oír aquellos ladridos acudía la gente del castillo, y á su vez se echaban sobre él como si fuera un ladrón?

Esto podía ser su salvación. De esta manera al menos le librarían de aquellas fieras. Pero no, era inútil pensar en esto; en el dormido edificio no se notaba movimiento; seguía silencioso y como impenetrable.

Los perros se lanzaron nuevamente sobre Miguel; pero éste logró hacerles retroceder, dándoles con el pié en los hocicos en el momento en que *Ortog*, saltándole al cuello, le hacía presa

en el hombro. Gracias al movimiento que hizo Miguel echando atrás la cabeza, se libró de ser estrangulado, degollado de un golpe por aquel terrible animal, que con sus agudos dientes desgarró el vestido, la camisa y la carne del joven.

Miguel redobló la fuerza de sus músculos de acero ante el inminente peligro en que se hallaba de morir si no conseguía que el animal soltara la presa. Con sus dos manos crispadas abarcó el grueso cuello de *Ortog*, y haciendo á la vez un esfuerzo desesperado, le dió una tremenda sacudida, con lo cual logró que se desprendiese del bocado cogido en el hombro, no sin que entre los dientes se llevara el perro porciones de carne.

Hizo más, Meuko, apelando á toda su energía, con la desesperación del que lucha por la vida, hundió sus dedos pulgares en el cuello de *Ortog*, retorciéndole los músculos y desgarrándole la piel con sus uñas, que clavaba con la misma ferocidad que el animal sus dientes.

Defendiéndose así de *Ortog*, que casi estrangulado ya tenía la lengua fuera, y con su patata golpeaba el pecho del conde. Meuko retrocedió, teniendo que hacer frente todavía á los daneses, de los cuales se libraba á puntapiés: de uno de éstos había aplastado el hocico á *Duna*, que sin alejarse le miraba con sus ojos encendidos, y dispuesto á caer sobre él con nuevos bríos.

*Bundas* se había agarrado al muslo derecho de Miguel y daba fuertes tirones como para echar al suelo á su enemigo. Si caía, todo había terminado. Una vez en el suelo aquel hom-

bre, habria sido hecho trizas y destripado como un ciervo alcanzado en una cacería.

Tan terrible era el dolor, que le faltaba poco para desmayarse; *Bundas* le habia arrancado una tira de carne.

Pero Miguel se sentia aliviado, como el herido despues de que el cirujano amputa un miembro dolorido. El desgraciado, que seguia apretando entre sus manos, con la fuerza de un toro, el cuello de *Ortog*, notó pronto que los movimientos del animal no tenian ya la misma terrible violencia, y que los ojos saltaban de sus órbitas, blancos como dos bolas de billar.

Meuko arrojó entonces furiosamente aquella pesada mole, que al caer hizo un ruido semejante al de un saco lleno de tierra, quedando allí maltrecho y medio muerto, pero como queriendo aun levantarse.

Solo tenia ya que defenderse de los daneses, que ágiles en sus saltos como liebres, escitados por el olor de la sangre, apretaban más rabiosos los dientes, aunque solo uno de ellos parecia dispuesto á acometer al menor paso en falso que diese aquel hombre.

*Bundas*, con la boca abierta y las orejas tiesas, valiéndose de su gran fuerza de riñones, se lanzó de nuevo sobre el joven, cuyo ataque paró Miguel con el brazo izquierdo doblado.

Luego de repente dió un grito, que aquella vez pareció un ronquido de agonía, arrancado por el dolor que le causaban los colmillos del animal, clavados en su antebrazo.

Hubo un momento en que le pareció que ya no habia remedio.

Perdiendo por minutos sus fuerzas, calculaba que si no llegaba á la puertecita de entrada antes de que el otro perro se abalanzase nuevamente á él, seria de seguro devorado por aquellas fieras.

Miguel reconcentró los últimos restos de su energía, y arrastrando á *Bundas* que no soltaba el brazo, mientras *Duna*, con el hocico aplastado y en actitud amenazadora, seguía ladrando atrozmente, logró retroceder hasta el extremo de la calle de arboles, que poco antes habia atravesado.

Allí estaba la puerta.

A tientas, en la oscuridad, Miguel buscó la llave, y como la suerte no queria que muriese, pronto su mano derecha, que era la que tenia libre, tocó el trozo de hierro introducido en la cerradura. La puerta, que no estaba bien cerrada, cedió fácilmente, dejando el paso franco. Entonces, en un arranque como el que habia empleado para librarse de *Ortog*, Meuko clavó sus uñas en las orejas de *Bundas*, y logró desprenderlo de su brazo. Sin perder un segundo retrocedió por la puertecilla entreabierta, que cerró hácia sí de un rápido portazo, en el momento preciso en que los dos perros á la vez iban á saltarle al cuello.

Y allí, de pié, sosteniéndose en la misma puerta, siguió un rato casi desfallecido, oyendo al otro lado de aquella tabla que en aquel momento le separaba de la muerte—¡y de qué muer-

tel—á los perros, que apoyados en las patas traseras, como se ve en los cuarteles heráldicos, mordían con rabia la madera de aquella puerta que les hacía perder su presa.

Miguel no pudo darse cuenta del tiempo que permaneció en aquel estado, oyendo los gruñidos de aquellas bestias feroces.

Deseaba partir sin perder tiempo. Su situación lo exigía. ¿Pero cómo se arrastraría hasta el punto donde estaba esperando Pedro? ¡Estaba tan lejos, tan lejos! Antes de llegar, perdería el conocimiento veinte veces.

¿Y después de tanta energía habría de acobardarse?

Sufriendo atroces dolores, y después de vendarse con el pañuelo del bolsillo como Dios quiso, su brazo izquierdo, que era el destrozado, echó á andar poco á poco, deteniéndose con frecuencia y apoyándose en una rama de árbol que le servía de bastón.

Falto de fuerzas y con la cabeza vacilante temía caer al suelo y quedar allí moribundo antes de que el cochero, que se hallaba tan cerca de él, se enterase del apuro en que se encontraba.

—¡Ea, adelante! — dijo imperiosamente, como si mandase á su cuerpo.—¡Vamos!

Dos puntos luminosos que despedían rojizos reflejos aparecieron á su vista: eran los faroles de la berlina.

—¡Pedro!—gritó Meuko en medio de la noche.  
—¡Pedro!

Su voz, debilitada, no despertaba al cochero, que sin duda se había dormido.

Entonces, venciendo un instante su extremado abatimiento, reunió todas sus fuerzas y gritó nuevamente, avanzando un poco, pensando que uno ó dos pasos más, quizá fuesen su salvación.

Luego, no pudiendo ya resistir, se dejó caer en el suelo, sosteniéndose con la mano derecha, y faltándole la voz casi por completo.

Por fortuna el cochero le había oído, y en el acento desesperado con que le llamaba, había adivinado un peligro, una desgracia. Saltó del pescante, y corriendo adonde se encontraba su amo, le levantó, y sirviéndole de apoyo, le llevó al carruaje, dejando escapar un grito de terror al ver la sangre que corría del brazo herido, las ropas del conde hechas jirones y su rostro cada-  
vérico.

—¡Ah, Dios de Dios! ¿De dónde venís?—dijo.—  
¿Dónde os han asesinado?

—La berlina... dejadme en la berlina...

—Pero cerca de aquí hay médicos. Voy á...

—¡No... nada! ¡No quiero es oandaio. Llévame á París!... Que nadie sepa... ¡A París... pronto.

Dicho esto quedó desvanecido sobre los almohadones del coche.

Con el aguardiente que llevaba en su cantimplora para *entrar en calor*, si era preciso, Pedro frotó las sienes del conde y dejó caer algunas gotas en sus labios para hacerle recobrar el conocimiento, conseguido lo cual, el cochero castigó al caballo y, galopando hacia París, murmuraba:

—En este suceso debe haber mediado alguna mujer. ¡Diablo de mujeres! ¡Qué tonto es uno al

hacer el más insignificante sacrificio por ellas!

Al amanecer llegaba el carruaje á Paris.

Cuando ya estaba en las puertas de la ciudad, se cruzaron con los hortelanos que llevaban sus verduras á los mercados, á los cuales al mirar aquel coche elegante, cuyos faroles apenas daban luz, se les oía decir en alta voz.

—Quisiera encontrarme en el lugar de ese que va ahí dentro.

A lo cual Pedro se contestaba filosóficamente:

—¡Imbéciles! ¡Si ellos supieran!...

## XVII.

Mientras ocurría la escena anterior allá en Maissons-Laffitte, Marsa, en cuanto apuntó el día, bajó al jardín y se dirigió hácia la puercecita que daba al bosque temiendo que la naciente aurora la diera á conocer alguna espantosa catástrofe.

De pronto se detuvo viendo que el jardinero muy pálido, se dirigía á ella.

—¡Ah, señorita, si supiérais! Esta noche los perros han ladrado mucho, mucho... Pero como en las noches de luna ladran al ver la más ligera sombra, no se le ha ocurrido á nadie levantarse para ver qué pasaba. Pues bien...

—¿Qué?— dijo Marsa horriblemente conmovida.

—Que esta noche ha entrado un ladrón ó varios, porque el pobre *Ortog* está medie estrangulado. Pero los pillos no han podido avanzar mucho. El que ha llegado hasta el pabellon ha sido recibido de buena manera... Se puede seguir su rastro por los regueros de sangre que ha dejado en el parque, y que se descubren en un trecho muy largo... muy largo...

—¿Segun eso—preguntó vivamente Marsa—se ha escapado?... ¿No ha muerto?

—No, indudablemente. Ha logrado ponerse en salvo.

—¡Ah! ¡Más vale así!— exclamó la tzigana en un arranque como quien se quita un peso horrible.

—La señorita es demasiado buena—replicó el jardinero.—Al entrar de ese modo ya sabian que estaban espuestos á ser cazados como conejos ó á que los perros hiciesen de ellos *bisteks*. No deben tener malos puños para que *Ortog* haya quedado tan mal parado. ¡Pobre animal! Esto sin contar que *Duna* tiene rotos los dientes. Pero el canalla tampoco ha debido escapar bien librado, á juzgar por la mucha sangre que hay en la arena.

—¡Sangre!

—Lo más raro del caso es que no teniendo nadie la llave de la puertecita que dá al bosque, aparece con señales de haber sido abierta desde dentro: por esta puerta han entrado y han salido. ¡Si aquel granuja de Saboureau, ya recordareis, aquel otro jardinero que despidió el general y que en otro tiempo guardaba la llave, no hubiera muerto, diria que habia sido él!

—No hay necesidad de acusar á nadie—dijo Marsa.

El jardinero, que volvió á observar los rastro de sangre por el suelo, siguió murmurando:

—¡No cabe duda de que esto no se ha hecho solo! ¡Voy á dar parte á la policia!

## XVIII.

¡La última noche que la novia pasaba en su cuarto de soltera! ¡La última vez que contemplaba aquel lecho de virgen, rodeado de blancos cortinajes, que parecian un velo protector de su sueño! ¡La última mirada, conmovida y casi temblando, á aquella deshecha cabellera, á aquel ser real, que era ella misma, y que mañana pertenecería á otro! El terror ignorante, los temores llenos de deseos, la dulce ansiedad al pasar á aquel nuevo estado, el matrimonio, que pronto iba á constituir la vida y el deber, las lágrimas de pena confundidas con las lágrimas de alegría, todo lo que hace estremecer de timida esperanza á la joven que va á ser esposa, Marsa, sola en su cuarto, sentada en un divan sobre el cual habia dejado sus vestidos, lo tenia fijo en su mente, pensando cuán felices son, felices y envidiadas, las que sienten así latir su corazón y se ven dominadas por tan gratos y embriagadores sentimientos.

Ella, que tenia un alma en la que nunca se anidaba el mal, ansiosa de abnegacion y de arraigadas virtudes, cuyos sueños eran el heroismo y la lealtad, ella, estaba condenada á mentir ó á perder brutalmente el amor del prin-

cipe Andras, que era su dicha y su recompensa.

No había otra alternativa. Por tanto, era inútil pensar en ello. No, no. Ya que había encontrado á aquel hombre, superior á todos los demás, ya que él la amaba y ella le adoraba, Marsa es taba resuelta á tomar para ella sola una hora de la vida de aquel héroe, comprometiéndose a pagar esta hora bendita con su propia existencia.

Verdad es que Andras la maldeciría; pero al menos, ella habría vivido del ideal amor de aquel ser excepcional.

—Ser su mujer ó su querida me es igual—se decía.—Su esclava, su objeto, he aquí lo que yo quiero ser. ¡Y que despues me despida! ¡Dios sabe adonde irá á parar; pero que sea despues de haber sido suya!

Aun á riesgo de quedar perdida para siempre á los ojos de Andras, ella se había decidido á declararse en estos terminos:

—No es vuestro titulo lo que yo ambiciono. Amadme, no os caseis conmigo, llevadme y querámonos.

Pero ¿y si él la tratara entonces como á una cortesana cualquiera? ¿si la despreciase y huiera de ella? Terminantemente no: valia más sacrificar su existencia y aceptar aquel amor que la suerte la ofrecia á cambio de su vida.

A su imaginacion acudia, con expresion de inefable placer, la profunda impresion que habían hecho en ella unos bohemios errantes á quienes encontró un dia en el camino de Maissons á Saint-Germain, y que por su aspecto y parecido

le recordaban á sus pobres compatriotas de otro tiempo.

Humildes y desconocidos cantores ambulantes que hoy se quedarían admirados de ver á uno de los suyos, á una jóven nacida entre ellos, que iba á ser la esposa de un Zilah, de uno de los ilustres jefes de aquella Hungría...

¡Ah! ¡qué placer, qué delirio, qué ideal tan imposible, y sin embargo, realizado!

Y ménos mal, entre ella y Zilah no se levanta un cadáver. Miguel Meuko, despues de haber estado muy grave, se iba curando poco á poco de sus heridas. De esto le había enterado la baronesa Dinati, para quien la enfermedad de Miguel no era otra cosa que una estocada recibida por alguna mujer. Este era el rumor que corria por Paris. El conde cerró las puertas de su casa y no permitió que nadie llegara á su cama. ¿Quién sería ella?

La baronesa tenia empeño por averiguarlo.

Marsa temblaba al recordar aquella noche horrible de la lucha; pero á decir verdad, no sentía remordimiento alguno. No había hecho más que defenderse. Las indagaciones de la policia no daban resultado y la gente del país atribuía el hecho á una cuadrilla de ladrones, cuyo centro suponían que estaba en Seine-et-Oise. ¿Acaso no era cien veces más criminal que un ladrón aquel Meuko?

Máspreciado que el dinero era aquel amor que él venia á buscar, imponiéndose á una desgraciada despues de haberla destrozado el corazón. Contra quien así procedía todas las armas eran

admisibles, incluso los dientes de aquellos nobles animales que también la habían sabido defender. Si Miguel hubiera muerto, Marsa habría dicho con el fatalismo oriental: «¡El lo ha querido!» Sin embargo, no se quejaba del destino que había castigado al miserable conservando su vida.

Luego le olvidaba, y si alguna vez acudía a su memoria, era para aborrecerle, porque él la había arrebatado las profundas y dulces alegrías de la soltera ignorante, que, pensando en su elegido, en su dueño, en su esposo, se queda dormida sobre aquella almohada que sostiene su cabeza por última vez, diciéndose: «Mañana seré suya.»

¡Ah! la sensible inquietud de la que conmovida va a ser su esposa, el candor y la admiración de la virgen, el delicioso atractivo de aquel miedo ignorante y receloso, anhelando la hora de amor, cómo la hacían recordar a aquel Meuko para maldecirle y despreciarle con toda su alma, por haber envenenado de antemano aquellos momentos, condenándola a un silencio tan culpable como la mentira, ó a una confesión cruel que equivalía al suicidio!

## XIX

No obstante era llegado ya el momento en que Marsa se veía precisada a optar entre ser la esposa de Zilah ó declararle que era una joven deshonrada. Quería confesarlo todo ahora, después de no haber tenido el valor de hacerlo anteriormente. La idea de que una mujer no debe ser condenada forzosamente a dejar de amar porque se haya encontrado con un miserable que abusa de su cariño, se había arraigado hondamente en ella, haciéndola vivir en una atmósfera de ilusiones. Parecía que no existía nada de lo que a su alrededor pasaba. La vistieron, colocáronla sobre sus negros cabellos el velo blanco de las vírgenes, y entre tanto ella, medio cerrando los ojos, murmuraba:

—¡Qué hermoso sueño!

Sueño, y sin embargo, por singular prestigio era realidad consoladora. Lo que parecía falso, ilusorio, imposible, alucinación de enfermo, dependiente de la fiebre, era Miguel Meuko, eran los años trascurridos, los besos de otro tiempo, las amenazas de ayer, los encarnizados ladridos de los perros, persiguiendo aquella sombra que no existía.

El general Vogotzinc, de gran uniforme, ceñi-